

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XX. Donde se cuenta las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1659

boles. Los músicos eran los regozijadores de la boda, que en diversas quadrillas por aquel agradable sitio andavan, unos baylando, y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto no parecia, fino que por todo aquel prado andava corriendo la alegría, y saltando el contento. Otros muchos andavan ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones, y danças, que se avian de hazer en aquel lugar dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quixote, aunque se lo pidieron, assi el labrador, como el Bachiller; pero el dió por disculpa, bastantissima à su parecer, ser costumbre de los Cavalleros andantes dormir por los campos, y florestas antes que en los poblados, aunque fuéssè debaxo de dorados techos; y con esto se desviò un poco del camino bien contra la voluntad de Sancho, viniendosele à la memoria el buen alojamiento que avia tenido en el castillo, ó casa de Don Diego.

CAPITULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

A Penas la blanca Aurora avia dado lugar à que el luziente Febo con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugasse, quando Don Quixote, facudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie, y llamó à su escudero Sancho, que aun toda

T O M. III.

A a

via



via roncava; lo qual visto por Don Quixote, antes que le despertàsse, le dixo: O tu bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tenèr envidia, ni ser envidiado, duèrmes con sossegado espìritu, ni te persiguen Encantadores, ni sobrefaltan Encantamientos! Duerme, digo otra vez, y lo dirè otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu Dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que devas, ni de lo que has de hazèr para comèr otro dia tu, y tu pequeña, y angustiada familia: Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los Limites de tus deseos no se estienden à mas que à pensàr en tu Jumento; que el de tu persona sobre mis ombros le tienes puesto (contra peso, y carga que puso la naturaleza, y la costumbre à los Señores.) Duerme el criado, y està velando el Señor, pensàndo como le ha de sustentàr, mejoràr, y hazèr mercedes. La congoxa de ver que el cielo se haze de bronze, sin acudir à la tierra con el conveniente rozio, no affige al criado, sino al Señor, que hà de sustentàr en la esterilidad, y hambre al que le sirviò en la fertilidad, y abundancia. A todo esto no respondiò Sancho, porque dormia; ni despertàrà tan presto, si Don Quixote con el cuento de la Lança no le hiziera bolvèr en si. Despertò en fin soñoliento, y pereçoso, y bolviendo el rostro à todas partes, dixo: De la parte desta enramada, (si no me engaño) sale un tufo, y olor harto mas de torreznos assados, que de juncos, y tomillos. Bodas que por tales olores comiènçan, para mi santiguada, que deven de ser abundantes, y generosas. Acaba, gloton, dixo Don Quixote; ven,
irèmos

irèmos à vèr estos desposorios, por vèr lo que haze el defdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisière, respondiò Sancho: No fuèra el pobre, y casàrase con Quiteria. No ay mas fino no tenèr un quarto, y querèr casàrse por las nubes? A la Fè, Señor, Yo soy de parecèr, que el pobre deve de contentàrse con lo que hallàre, y no pedìr cotùfas en el golfo. Yo apostarè un braço, que puède Camacho embolvèr en reales à Basilio; y si esto es assi, como deve de sèr, bien boba fuèra Quiteria en desechàr las galas, y las Joyas, que le deve de avèr dado, y le puede dàr Camacho, por escogèr el tiràr de la barra, y el jugàr de la negra de Basilio: Sobre un tiro de barra, ò sobre una gentil treta de espada no dan un quartillo de vino en la taverna: Habilidadades, y gracias, que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos: Pero quando las tales gracias càen sobre quièn tiene buen dinero, tal sèa mi vida, como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantàr un buen edificio, y el mejor cimiento, y zanja del mundo es el dinero. Por quièn Dios es, Sancho, dixo à esta sazón Don Quixote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mi, que si te dexàssen seguìr en las que à cada passò comienças, no te quedaria tiempo para comèr, ni para dormir, que todo le gastarias en hablàr. Si vuefía mercèd tuviera buena memoria, replicò Sancho, devieràse acordàr de los capitulos de nuestro concierto antes que esta ultima vez falièssèmos de casa: Uno dellos fuè, que me avia de dexàr hablàr todo aquello que quisièsse, con que no fuèsse contra el proximo, ni contra la autoridàd de vuefía mercèd; y hasta agora me parece que no hè contravenido contra el tal



capitulo. Yo no me acuèrdo, Sancho, respondiò Don Quixote, del tal capitulo; y puesto que sèa assi, quièro que calles, y vengas, que yà los instrumentos que ànoche oÿmos, buèlven à alegràr los valles; y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescòr de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que fu Señor le mandava; y poniendo la filla à Rozinante, y la albarda al Ruzio, fubièron los dos, y pàsso ante pàsso se fuèron entràndo por la enramàda. Lo primero que se le ofreciò à la vista de Sancho, fuè espetàdo en un assador de un olmo entèro un entèro novillo; y en el fuego donde se avia de afsàr, ardìa un mediano monte de Leña; y feys ollas que al rededor de la hoguèra estàvan, no se avian hecho en la comun turquesa de las demàs ollas, porque eràn sèys medias tinajas, que en cada una cabia un rastro de carne: Assi embebian, y encerràvan en si carnèros entèros sin echàrse de vèr, como si fuèran palomìnos: Las lièbres yà sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estàvan colgadas por los arboles para sepultàrlas en las ollas, no tenian numero: Los pàxaros, y caça de diversos generos eran infinitos, colgàdos de los arboles para que el ayre los enfriàsse. Contò Sancho mas de sesenta zaques de mas de dos arrobas cada uno, y todos llenos (segun despues pareciò) de generòsos vinos. Assi avia rimèros de pan blanquissimo, como los fuele avèr de montones de trigo en las heras. Los quefos puestos como ladrillos enrejàdos, formàvan una muralla; y dos calderas de azeyte mayores que las de un tinte, servian de freyr cosas de masa, que con dos valientes palas las facàvan fritas, y las zabullian en otra caldera de pre-
parada

parada miel, que allí junto estava. Los cozineros, y cozineras pasavan de cinquenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos. En el dilatado vientre de un novillo estava doze tiernos, y pequeños lechones, que cocidos por encima, servian de darle sabor, y enternecerle. Las especies de diversas fuertes no parecia averlas comprado por libras sino por arrobas, y todas estava de manifesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rustico, pero tan abundante que podia sustentâr à un exercito. Todo lo mirava Sancho Pança, y todo lo contemplava, y de todo se aficionava: primero le cautivaron, y rindieron el desseo, las ollas, de quien el tomara de bonissima gana un mediano puchero. Luego le aficionaron la voluntad los zaques; y ultimamente las frutas de farten (si es que se podian llamar fartenes las tan orondas calderas:) Y assi sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hazer otra cosa, se llegò à uno de los sollicitos cozineros, y con cortesias, y hambrientas razones le rogò, le dexasse mojar un mendrugò de pan en una de aquellas ollas: A lo que el cozinero respondiò: Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene Jurisdicion la hambre (mercèd al rico Camacho;) apeaos, y mirad si ay por ay un cucharòn, y espumad una gallina, ô dos, y buen provecho os hagan. No vèò ninguno, dixo Sancho. Esperad, respondiò el cozinero, pecador de mi, y que melindroso, y para poco devèys de ser. Y diziendo esto, assiò de un caldero, y encajandole en una de las medias tinajas, facò en èl tres gallinas, y dos ganfos, y dixo à Sancho: comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora
del

del yantàr. No tengo en que echàrta, respondiò Sancho. Pues llevàos, dixo el cozinero, la cuchara y todo; que la riqueza, y el contento de Camacho todo lo fuple.

EN tanto, pues, que esto passàva Sancho, estàva Don Quixote miràndo como por una parte de la enramàda entràvan hasta doze labradòres sobre doze hermosísimas yeguas con ricos, y vistosos jaèzes de campo, y con muchos cascavèles en los petrales, y todos vestidos de regozijo, y fiesta; los quales en concertàdo tropèl corrièron, no una, sino muchas carreras por el pràdo con regozijàda algazara, y grita, dizièndo: Vivan Camacho, y Quiteria, el tan rico, como ella hermòsa, y ella la mas hermòsa del mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre sí: bien parece que estos no han visto à mi Dulcinèa del Tobòso, que si la huvièran visto, ellos se fuèran à la mano en las alabànças desta su Quiteria. De alli à poco començaron à entràr por diversas partes de la enramàda muchas y diferentes danças, entre las quales venìa una de espadas hasta de veynte y quatro zagales de gallardo parecer, y brio, todos vestidos de delgàdo, y blanquíssimo lienço, con sus paños de tocàr labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiàva (que era un ligèro mancebo) preguntò uno de los de las yeguas, si se avìa herido alguno de los dançantes? Por aora, bendito sea Dios, respondiò el mancebo, no se ha herido nadie; todos vàmòs fanos; y luego començò à enredàrse con los demas compañeros con tantas bueltas, y con tanta destreza, que aunque Don Quixote estàva hecho à vèr semejàntes danças, ninguna le avìa parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra, que
entrò

entrò de donzèllas hermosíssimas, tan moças, que al parecer ninguna baxàva de catorze, ni llegàva à diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trençados, y parte suèltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los quales traian guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto, y madrejelva compuèstas. Guiàvalas un venerable viejo, y una anciàna matrona, pero mas ligèros, y sueltos que sus años prometian. Haziales el son una gaita zamorana, y ellas llevando en los rostros, y en los ojos à la honestidad, y en los pies à la ligerèza, se mostravan las mejores bayladoras del mundo. Tras esta entrò otra dança de artificio, y de las que llaman habladas: Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: De la una hilera era guià el Dios Cupido, y de la otra el interès: aquel adornado de alas, arco, aljava, y factas; Este vestido de ricas, y diversas colores de oro, y seda. Las ninfas, que al amor seguian, traian à las espaldas en pergamino blanco, y letras grandes escritos sus nombres. Poësia era el titulo de la primera; el de la segunda discrecion; el de la tercera buen linage; el de la quarta valentia. Del modo mesmo venian señaladas las que al interès seguian: dezìa liberalidad el titulo de la primera, dadiva el de la segunda, tesoro el de la tercera, y el de la quarta possession pacifica. Delante de todos venia un castillo de madera, à quièn tiravan quatro salvages todos vestidos de yedra, y de càñamo teñido de verde tan al natural, que por poco espantàran à Sancho. En la frontera del castillo, y en todas las quatro partes de sus quadros traia escrito, *Castillo del buen Recato*. Hazianles el son quatro



tro diestros tañedores de tamboril, y flauta. Començava la dança Cupido; y aviendo hecho dos mudanças, alçava los ojos, y flechava el arco contra una donzella, que se ponía entre las almènas del castillo, à la qual desta fuerte dixo:

Yo foy el Dios poderoso
 En el ayre, y en la tierra,
 Y en el ancho mar undoso,
 Y en quanto el abismo encierra
 En su baratro espantoso.
 Nunca conocí que es miedo,
 Todo quanto quiero, puedo,
 Aunque quiera lo imposible,
 Y en todo lo que es posible,
 Mando, quito, pongo, y vedo.

Acabò la copla, disparò una flecha por lo alto del castillo, y retiròse à su puesto. Saliò luego el interès, y hizo otras dos mudanças: callaron los tamborinos, y el dixo:

Soy quien puede mas que amor,
 Y es amor el que me guía,
 Soy de la estirpe mejor,
 Que el cielo en la tierra cria
 Mas conocida, y mayor.
 Soy el interès en quien
 Pocos fueren obrar bien,
 Y obrar fin mi, es gran milagro,
 Y qual foy te me consàgro
 Por siempre jamas, Amen.

Reti-

retiròse el interès, y hizòse adelante la Poëfia, la qual despues de avèr hecho sus mudanças como los demàs, puestos los ojos en la donzella del castillo, dixo :

En dulcíssimos concèptos
 La dulcíssima Poëfia,
 Altos, graves, y discretos,
 Señora, el alma te embia,
 Embuelta entre mil sonetos.
 Si à caso no te importuna
 Mi porfia, tu fortuna,
 De otras muchas envidiada,
 Serà por mi levantada
 Sobre el cerco de la Luna.

Desviòse la Poëfia, y de la parte del interès, faliò la liberalidad, y despues de hechas sus mudanças, dixo :

Llaman liberalidad
 Al *dar*, que el estremo huye
 De la prodigalidad,
 Y del contrario que arguye
 Tibia, y floxa voluntad.
 Mas yo por te engrandecèr,
 De oy mas pròdiga he de sèr ;
 Que aunque es vicio, es vicio honràdo,
 Y de Pecho enamorado
 Que en el *dar* se echa de vèr.



De este modo fallieron, y se retiraron todas las dos figuras de las dos esquadras; y cada uno hizo sus mudanças, y dixo sus versos, algunos elegantes, y algunos ridiculos; y solo tomó de memoria Don Quixote (que la tenía grande) los ya referidos; y luego se mezclaron todos, haziendo, y deshaziendo laços con gentil donayre, y desemboltura; y quando pasava el amor por delante del Castillo, disparava por alto sus flechas, pero el interès quebrava en el, alcanzias doradas. Finalmente despues de avèr baylado un buen espacio, el interès facò un bolsón, que le formava el pellejo de un gran gato Romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencaxaron las tablas, y se cayeron, dexando à la donzella descubierta, y sin defenfa alguna. Llegò el interès con las figuras de su valia, y echándole una gran cadena de oro al cuello, mostraron prendèr-la, rendirla, y cautivarla: Lo qual visto por el Amor, y sus valedores, hizieron ademàn de quitarsela, y todas las demonstraciones que hazian, eran al son de los tamborinos, baylando, y dançando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza bolviéron à armàr, y à encaxar las Tablas del castillo, y la donzella se encerrò en èl como de nuèvo; y con esto se acabò la dança con gran contento de los que la miravan.

PREGUNTÒ Don Quixote à una de las ninfas, que quièn la avia compuesto, y ordenado? Ella le respondiò, que un beneficiado de aquel pueblo, que tenía gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostarè, dixo Don Quixote, que deve de sèr mas amigo de Camacho que de Basilio el
tal

tal bachiller, ò beneficiàdo; y que deve de tenèr mas de Satìrico, que de visperas. Bien hà encaxàdo en la dança las habilidàdes de Bafilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Pança, que lo escuchàva todo, dixo: El Rey es mi gallo, à Camacho me atèngo. En fin, dixo Don Quixote, bien se parèce, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dizen: Viva quièn vence. No sè de los que foy, respondiò Sancho, pero bien sè, que nunca de ollas de Bafilio facarè yo tan elegante espùma como es esta, que hè facàdo de las de Camacho (y enseñòle el caldèro lleno de ganfos, y de gallinas) y assièdo de una, començò à comèr con mucho donayre, y gana, y dixo: A la barba de las habilidàdes de Bafilio, que tanto vales, quanto tienes, y tanto tienes quanto vales. Dos linages solos ày en el mundo, como dezìa una aguela mia, que son *el tenèr*, y *el no tenèr*, aunque ella al del *tener* se atenia; y el dia de oy, mi Señor Don Quixote, antes se toma el pulso al *avèr*, que al *sabèr*: Un asno cubièrto de oro parece mejor, que un Cavallo enalbardàdo: Assi que, buelvo à dezir, que à Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas ganfos, y gallinas, lièbres, y conejos; y de las de Bafilio seràn, si viene à mano (aunque no venga fino al pie) aguachirle. Has acabàdo tu arenga, Sancho? dixo Don Quixote. Avrè-la acabàdo, respondiò Sancho, porque vèò que vueffà mercèd recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pufièra de por medio, obra avrìa cortàda por tres dias. Plega à Dios Sancho, replicò Don Quixote, que yo te vea mudo antes que me muèra. Al passò que llevàmos, respondiò Sancho, antes que vueffà mercèd se muera, estarè yo maf-



càndo barro, y entonces podrà fer que estè tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ò por lo menos hasta el Dia del Juyzio. Aunque effo assi fucedá, ó Sancho, replicò Don Quixote, nunca llegarà tu silencio à dò hà llegàdo lo que hàs hablàdo, hablas, y tienes de hablàr en tu vida; y mas que està muy puesto en razon natural, que primero llegue el dia de mi muerte, que el de la tuya; y assi jamas pienso verte mudo, ni aun quando estès bebiendo, ó durmiendo, que es lo que puedo encarecèr. A buena fè, Señor, respondiò Sancho, que no ày que fiàr en la descarnàda; digo, en la muerte, la qual tambien come cordèro como carnèro: Y à nuestro cura hè oydo dezir, que con igual pie pisava las altas torres de los Reyes, como las humildes choças de los pobres. Tiene esta Señora mas de poder que de melindre: No es nada asqueròsa, de todo come, y à todo haze, y de toda fuerte de gentes, edàdes, y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duèrme las fiestas, que à todas horas siega, y corta, assi la seca, como la verde yerva; y no parece que masta, fino que engulle y traga quanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, dà à entendèr, que està hidròpica, y Sedienta de bebèr todas las vidas de quantos viven, como quien se bebe un Jarro de agua fria. No mas, Sancho, dixo à este punto Don Quixote, tente en buenas, y no te dexes caèr; que en verdàd, que lo que hàs dicho de la muerte por tus rusticos terminos, es lo que pudièra dezir un buen predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvièras discrecion, pudièras tomàr un pùl-
pito